

Las texturas del arte. Recorrido estético y memoria visual del Centro Cultural Alberto Rougés, 2024

The art's textures. Aesthetic journey and visual memory of the Centro Cultural Alberto Rougés, 2024

Ignacio Fernández del Amo*

Si algo distingue al ser humano del resto del reino animal es su capacidad para pensarse a sí mismo como individuo, pero también como integrante de una comunidad. Uno de los objetivos medulares del Centro Cultural Alberto Rougés desde su fundación en 1990 ha sido generar herramientas para pensarnos y para pensar la cultura del noroeste argentino, para que nuestro transcurrir por este territorio adquiriera cierta densidad existencial. A ello nos abocamos desde las áreas de Biblioteca y Artes Visuales, pero también cada vez que recibimos propuestas de cualquier naturaleza cultural, como presentaciones de libros, charlas, seminarios, recitales poéticos o musicales, espectáculos teatrales, etc. Cada año albergamos la esperanza de que la agenda que vamos construyendo sirva a todos los que nos visitan para ampliar el conocimiento que tienen de sí mismos y del mundo que los rodea. Esta fue solo una de las razones por las que decidimos abrir la temporada de exposiciones homenajeando al artista plástico **Víctor Quiroga** (del 18 de abril a 31 de mayo) (imagen n° 1).

Quiroga (Tito para los amigos) fue asesor del centro cultural entre 2002 y 2012, y uno de los protagonistas de la plástica tucumana durante varias décadas. Ya había expuesto varias veces en el Rougés, por lo que nos propusimos que su homenaje no fuera *una muestra más*, queríamos que tomara todos los espacios del Centro Cultural para intentar dar cuenta de todos los Víctor que componían su figura.

* Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo. San Miguel de Tucumán, Argentina.
<ifernandezdelamo@lillo.org.ar>



Imagen n° 1. Homenaje a Víctor Quiroga, 18 de abril al 31 de mayo.

Así, dividimos la exposición en varias secciones: el Víctor artista, el dibujante, el grabador, el pintor, el escultor, el maestro, el asesor del Centro Cultural y el escritor. Quienes se acercaron a visitar la exposición pudieron encontrarse con grandes lienzos, con aguafuertes, con los ejercicios que daba a sus alumnos, con pequeños apuntes de ranchitos y esculturas de bronce, con poemas y escritos, con invitaciones a muestras que él mismo diseñaba y, como elemento interpretativo, con el carrito que se construyó para colocar los colores, pinceles y trapos, y un caballete con un estudio preparatorio al lado de su autorretrato *Manos de barro* en el que se pintó acompañado de ese mismo carrito.

Por otro lado, no queríamos ser los únicos en rendirle homenaje, así que pedimos a varios amigos, alumnos, colegas, exdirectoras del Centro Cultural y a su hijo Sebastián que escribieran breves textos en los que transmitieran algún recuerdo sobre él: cómo pintaba, cómo enseñaba, qué lo emocionaba... Esta serie de semblanzas escritas por Luis Felipe Noé, Ricardo Abella, José Sirgo, Eduardo Joaquín, Lionel Marchesi, Florencia Aráoz, Elena Perilli, Luis Fernando Barrionuevo, Ana Isas y Sebastián Quiroga se convirtieron en parte fundamental de la exposición y lograron potenciar la dimensión humana que queríamos imprimirle. El catálogo que completa la muestra cuenta, además, con un texto de Gloria Zjawin de Gentilini.¹

¹ El catálogo de la muestra *Homenaje a Víctor Quiroga* es de acceso libre y puede consultarse en: <https://www.lillo.org.ar/editorial/index.php/publicaciones/catalog/book/477>

No queremos cerrar este apartado sin agradecer profundamente la complicidad y entrega sin límites de su hijo Sebastián y de Patricia, su esposa. Sin ellos, este homenaje habría sido muy diferente.

Víctor gozó de un considerable prestigio internacional, especialmente en Francia, donde residió varios años. Pero esto no le llevó a producir una obra pintoresquista para exportación, nunca pintó escenas de un estilo regionalista edulcorado. Si hubiera que buscar una etiqueta para su obra sería, sin duda, el realismo mágico tan propio de nuestro continente, un realismo sin concesiones que convive de manera magistral con la magia que proviene de su mirada emocionada. Víctor estaba enamorado de Tucumán tal cual es y supo plasmar esa emoción como el maestro del oficio de pintar que fue.

La exposición fue visitada por cientos de personas y por múltiples escuelas que encontraron en la iconografía de las obras de Víctor un recurso invaluable para activar diálogos sobre la tucumanidad.

Tras el enorme éxito del comienzo de temporada, nos dispusimos a celebrar el **111 aniversario de la Casa Cainzo** manteniendo la lógica de cambiar el monopolio de la enunciación por el de la polifonía de voces. La exposición *Texturas de nuestro legado* (imágenes n° 2 y 3) —realizada desde el 5 al 28 de junio— se concibió como un contrapunto entre las maquetas de la cátedra de Maquetas de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Tucumán (a cargo del arquitecto Edgardo Muntaner) y los dibujos del colectivo Urban Sketchers Tucumán. De ambos seleccionamos reproducciones de la Casa Cainzo, de los demás edificios patrimoniales del entorno de la plaza Independencia y de otros significativos de la ciudad, para acercar al público una reflexión estética (y en texturas) de la importancia del legado arquitectónico en la conformación de la identidad colectiva.



Imágenes n° 2 y 3. Inauguración de *Texturas de nuestro legado*, 5 al 28 de junio.

Si en el homenaje a Víctor Quiroga nos pareció importante reponer al autor a través de objetos personales y de su oficio, en *Texturas de nuestro legado* replicamos la idea y acompañamos los dibujos y maquetas con cuadernos, fibras, sierras, reglas, lápices, pegamento y otros útiles de los autores.

En junio recibimos un proyecto artístico del microfotógrafo y estudiante de Ciencias Biológicas **Federico Pasquini**. Realizada en colaboración con la Fundación Miguel Lillo, la exposición *Biogénesis* (14 al 28 de junio) estaba formada por nueve fotografías de gran formato de especímenes de las vastas colecciones de insectos, aves y minerales de la Fundación. Los espectadores que se acercaron a verla pudieron comprobar cómo es posible combinar la belleza del mundo natural con la precisión científica. También nos quedó la enseñanza de cómo la pasión es capaz de trascender el ejercicio técnico de nuestras prácticas y descubrirnos nuevas dimensiones, como la estética en el caso de este joven científico y artista.

En el mes de julio convivieron en las salas dos propuestas muy diferentes. Por un lado, **Ramón Teves** presentó su serie de fotografías *Topografías cromáticas* (del 4 de julio al 16 de agosto) (imagen n° 4).



Imagen n° 4. *Topografías cromáticas* de Ramón Teves, 4 de julio al 16 de agosto.

Teves lleva años capturando con su cámara fragmentos de la realidad tucumana, un mundo que ve con una gran sensibilidad cromática, de manera que sus fotografías pueden interpretarse en clave pictórica. Casi podría decirse que tiene la capacidad de descubrir cuadros, o quizás lo que hace es construirlos con el visor de su cámara. Uno de los mejores fotógrafos de la historia de la fotografía, el estadounidense Walker Evans, decía que el fotógrafo es, sobre todo, un cazador de fragmentos del mundo. A diferencia de la teoría del instante decisivo de Henri Cartier-Bresson, Evans sostenía que la misión principal del fotógrafo es decidir qué incluye y qué deja fuera del encuadre. Los medidores de luz que presentó Teves en el Centro Cultural son un notable trabajo de abstracción de cromatismo exuberante.

La otra propuesta que ocupó las salas en julio es diametralmente opuesta. La artista plástica **Gillian Paine** prescinde del color y comparte con los espectadores una reflexión acerca de la belleza, pero también la fragilidad de las yungas. Sus *Guardianes silenciosos* (26 de junio al 26 de julio) sorprenden, en primer lugar, porque convierte la paleta de verdes. a la que estamos tan acostumbrados los tucumanos cuando pensamos en nuestros paisajes, en un soberbio juego de blancos y negros de gran precisión técnica; y, en segundo lugar, porque el blanco y negro se transforman en metáfora de la presencia y la ausencia de nuestra selva, víctima de la actividad humana.

Jorge Missart y **Gabriela Gómez** tomaron el relevo de Gillian Paine en la planta alta y expusieron su *Ser/urbano* entre el 1 y el 30 de agosto. El proyecto que presentaron al llamado abierto del Centro Cultural captó la atención del comité evaluador por varias razones: en primer lugar, al estar firmadas por ambos todas las obras, suponía un cuestionamiento a la noción de autoría individual, a la idea de genio creador y de artista que se construye su propia carrera en competencia con los otros artistas. También ofrecía un lenguaje plástico novedoso que pone en diálogo la cerámica con la pintura tomando como soporte la madera. Y, por último, proponía una interesante reflexión acerca de cómo los seres humanos poblamos de signos y de contenidos simbólicos los espacios urbanos por los que transitamos a diario. Si las maquetas y los dibujos que habían conformado la exposición conmemorativa del 111 aniversario de la casa son interpretaciones del patrimonio arquitectónico de San Miguel de Tucumán, las obras de Missart y Gómez son representaciones simbólicas fruto de la memoria y los afectos que despierta ese mismo patrimonio.²

² El catálogo de la muestra *Ser/urbano* de Gabriela Gómez y Jorge Missart es de acceso libre y puede consultarse en: <https://www.lillo.org.ar/editorial/index.php/publicaciones/catalog/book/481>



Imagen n° 5. *Una manera de estar en el mundo* de María Rosa Mamana. Curaduría de Cecilia Quinteros Macció, 22 de agosto al 4 de octubre.

María Rosa Mamana y Virginia Ríos se convirtieron en una sugerente pareja de baile al ofrecer, de manera simultánea, dos registros intimistas sobre el universo femenino en claves distintas, pero complementarias. En planta baja, Mamana desplegó *Una manera de estar en el mundo*, entre el 22 de agosto y el 4 de octubre, con la curaduría de Cecilia Quinteros Macció (imagen n° 5). Sus obras hablan de cómo la sociedad construye la imagen de la mujer a través de la asignación de roles y de mandatos de cuidado personal y de la familia, pero también ofrecen una respuesta de liberación y de recreación de la propia identidad a partir de la creación artística. Una vez más, las propuestas artísticas que compartimos en el Centro Cultural nos demuestran cómo la visión estética del mundo es capaz de transformar la realidad y transformarnos a nosotros mismos. María Rosa Mamana lo hace, además, con un excepcional dominio de diversas técnicas artísticas, como el arte textil, la serigrafía, la pintura y la fotografía.³

³ El catálogo de *Una manera de estar en el mundo* de María Rosa Mamana es de acceso libre y puede consultarse en: <https://www.lillo.org.ar/editorial/index.php/publicaciones/catalog/book/482>



Imagen n° 6. Virginia Ríos, *Todo lo que sangra crece como raíz*,
5 de septiembre al 4 de octubre.

Al mismo tiempo, en la planta alta, Virginia Ríos presentaba *Todo lo que sangra crece como raíz* (del 5 de septiembre al 4 de octubre), una serie de nueve pinturas y un dibujo que abordan el delicado pasaje de la adolescencia a la adultez (imagen n° 6). Son obras que surgen de un proceso de introspección, pero que la artista materializa con una fuerza icónica más que destacable dada su juventud y convierte en una galería de imágenes en las que todos los espectadores pueden reflejarse. Indaga acerca de la posibilidad de crecimiento a partir de transformar todo aquello que duele y lastima en algo vital y más grande. Para ello se sirve de analogías biológicas que adquieren la forma de raíces o del sistema circulatorio, ambas conductoras de vida y extensión. En sus obras nos muestra cómo es posible crear desde la vulnerabilidad, cómo hacerse fuerte desde la indefensión.⁴

⁴ El catálogo de *Todo lo que sangra, crece como raíz* de Virginia Ríos es de acceso libre y puede consultarse en: <https://www.lillo.org.ar/editorial/index.php/publicaciones/catalog/book/483>

En octubre, la planta alta acogió la exposición *Conexiones*, de la fotógrafa **Luisa Dodero** (del 10 de octubre al 8 de noviembre). Sus fotografías son mucho más que retratos de animales de los Valles Calchaquíes (llamas, ovejas, cabras, vacas, caballos), son una invitación a conectarnos con nuestro lado animal, con nuestra naturaleza desprovista de los ropajes de la cultura. Si esta memoria visual comenzaba señalando que nos distinguimos del reino animal por la capacidad para pensarnos, la contemplación de las fotografías de Dodero nos recuerdan que mantenemos una conexión primordial con la naturaleza y que no deberíamos descuidarla.

La temporada cerró en la planta baja con las obras de **Cecilia Jaime**, una artista tucumana afincada en Bélgica desde hace más de treinta años (*Solo Show*, 18 de octubre al 28 de noviembre). Sin embargo, Jaime nunca perdió el contacto con su tierra natal ni cambió a quienes fueron sus “padres artísticos” por otros. Por el contrario, le gusta definirse como una creadora transdisciplinar y transcultural, una artista nómada. Fruto de esa hibridación es la interpretación del paisaje que quiso compartir con los tucumanos en las salas del Centro Cultural Rougés. Entre las obras, los espectadores pudieron encontrar, desde un atardecer en el Cadillal o el reflejo de la yunga en las aguas del lago del Parque de la Memoria de San Javier, hasta una acequia de Gante o enclaves de la Borgoña o Lombardía.⁵

En la planta alta, la última exposición introdujo una novedad en las prácticas del equipo de artes visuales del Centro Cultural. El comité evaluador decidió seleccionar las obras de algunas artistas y confiar a una curadora el armado de una exposición colectiva. Es así como tomó forma *Soledad emergente* (14 de noviembre al 13 de diciembre), que reunió obras de **Agustina Lazarte**, **Antonella Giménez** e **Ileana Espeche** bajo la mirada de Constanza Haurigot Posse. Una vez más, tres artistas mujeres compartían con los espectadores la traducción plástica de sus miradas introspectivas, del lugar del ser humano en el mundo (imagen n° 7).

Antes de concluir, queremos resaltar una serie de actividades destinadas a promover las exposiciones y a propiciar el encuentro entre los artistas y el público. De allí surgieron conversatorios y activaciones mediadas que confirmaron la importancia de crear estos espacios de relación y convivencia, no solo para acercar al artista a la comunidad sino también para impulsar la educación artística y despertar vocaciones. En ese sentido, agradecemos especialmente a Gabriela Gómez, Jorge Misart, Virginia Ríos, María Rosa Mamana y Cecilia Jaime su disposición para participar en cuantas actividades les propusimos.

⁵ El catálogo de *Solo Show* de Cecilia Jaime es de acceso libre y puede consultarse en: <https://www.lillo.org.ar/editorial/index.php/publicaciones/catalog/book/484>



Imagen n° 7. *Soledad emergente* de Agustina Lazarte, Antonella Giménez e Ileana Espeche. Curaduría de Constanza Haurigot Posse, 14 de noviembre al 13 de diciembre.

A continuación, publicamos las palabras pronunciadas por el Mg. Ignacio Fernández del Amo durante los actos de inauguración de cada una de las exposiciones.

Bioteil (Federico Pasquini) *Biogénesis*

La pasión despierta fuerzas insospechadas, impulsa nuestros sueños y nos llama a seguir avanzando, a superarnos, a escapar de la mediocridad. Es la pasión la que mueve el mundo. Y si algo queda manifiesto en el documental que complementa esta exposición y conforma el proyecto *Biogénesis* es que a Federico le mueve la pasión, y que es la pasión la que conecta las distintas esferas de su vida.

El Federico que siente que algo lo conecta con el resto de la naturaleza cuando sale al campo es el mismo que constata esa intuición en los laboratorios de la Fundación Miguel Lillo o como estudiante de Ciencias Biológicas. La emoción de la comunión con la flora y la fauna de nuestro entorno se traduce en átomos y elementos químicos compartidos por todos los seres vivos que habitamos el planeta. Y también se traduce en píxeles y luego en estas hermosas copias impresas en papel de fibra de algodón.



Cuando dábamos forma a la exposición, le comenté que me resultaba extraño que hubiera titulado las obras según las emociones que le generaba su experiencia frente a la naturaleza porque estas fotografías no están tomadas en el mundo exterior sino dentro de un laboratorio con una sofisticada tecnología. “Esta mariposa de alas blancas y negras no la fotografiaste en el río Loro —le dije—, estaba pinchada en un alfiler y la sometiste a un meticuloso proceso de registro”. Ocurre que para Federico no hay una frontera, un límite entre el aula, el laboratorio y el territorio. Y quizás está bien que no genere esos compartimentos, o que las taxonomías no cercenen su capacidad de emocionarse cuando se interna en los espacios naturales de nuestra tierra. Su trabajo como microfotógrafo es importante dentro de las actividades de investigación de la Fundación Miguel Lillo, pero ampliadas las imágenes y expuestas en el Rougés adquieren un significado distinto; el parecido que tienen los patrones biológicos de especímenes tan distintos nos cuenta que todos los seres que habitamos este planeta compartimos más de lo que pensamos.



Gillian Paine
Guardianes silenciosos

*El Tao que puede ser expresado con palabras no es el Tao eterno.
El nombre que puede ser pronunciado no es el nombre eterno.*

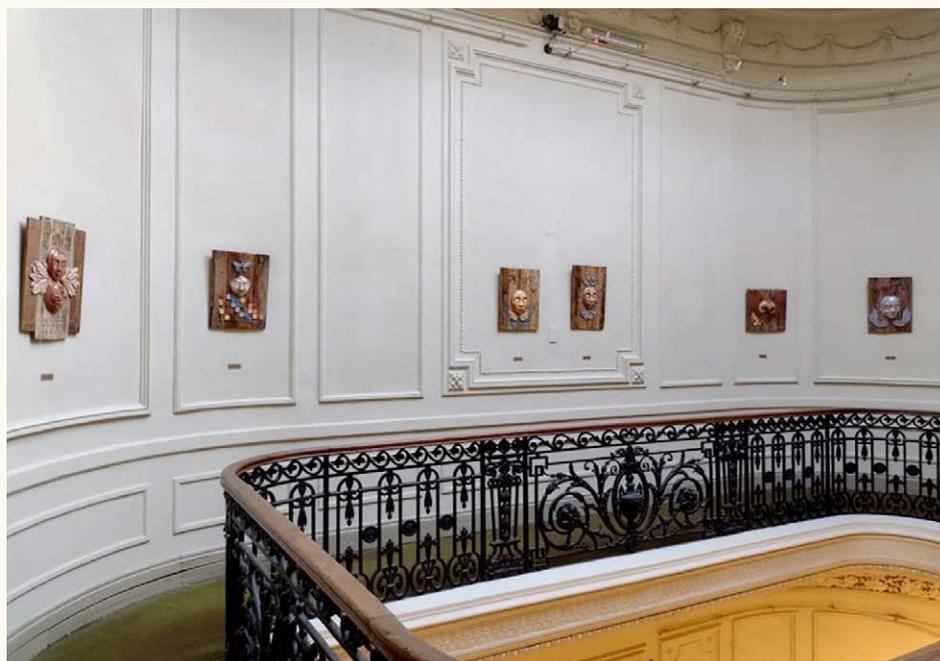
Estos dos versos que dan inicio al libro del Tao, de Lao Tse, bien podrían servir para subtitar la exposición de Gillian, *Guardianes silenciosos*, porque me parece que sus pinturas indagan en la elocuencia del silencio. Algunos habrán notado ya que no hay carteles junto a las obras. Las obras no tienen título quizás porque el nombre que puede ser pronunciado no es el nombre eterno. O quizás Gillian use el arte para buscar lo permanente, la eternidad, o para ofrecernos a los espectadores una ventana desde la que contemplar lo eterno.

En el tarjetón que acompaña a la muestra nos cuenta que el negro es para ella un símbolo del carbón, que a su vez es símbolo de la destrucción de los bosques. Pero en las pinturas de Gillian el negro convive de manera indisoluble con el blanco. “Ser y no ser se engendran mutuamente. Es la ley de la naturaleza”, se puede leer en otro pasaje del *Tao*. Los árboles que pinta Gillian con negro conviven con las superficies blancas de los árboles que no están.

Cambiando a un tema más prosaico, las pinturas de Gillian son también un alegato en defensa de la biodiversidad. Como área de extensión de la Fundación Miguel Lillo nos alegra, porque esa es la razón de ser de nuestros compañeros. Y nos alegra que use un lenguaje distinto para poner sobre la mesa un tema tan crucial. Es esencial contar con las razones científicas que la gente del Lillo produce, pero también es posible que la contemplación de las pinturas de Gillian sean más conmovedoras para muchos.

Jorge Missart y Gabriela Gómez *Ser/Urbano*

A finales del siglo XIX, uno de los creadores de la sociología, Émile Durkheim, tuvo una idea muy interesante: los sentimientos colectivos se corporizan en símbolos. Es el caso de las banderas, los himnos, las imágenes religiosas, las oraciones. Y añade algo más: dice que los símbolos, o los emblemas, no solo sirven para aclarar los sentimientos sociales sino que en cierto modo los crean. Es decir, que sería más difícil crear sentimientos de patriotismo si no tuviéramos banderas, himnos o camisetas de Messi. La bandera argentina sirve para que todos tengamos claro qué somos como sociedad, pero al mismo tiempo la bandera sirve para crear o reforzar el patriotismo. Parece que Belgrano tenía clara la idea antes de que Durkheim la formulara porque creó la escarapela y luego convirtió a la Virgen de la Merced en emblema para que los tucumanos se unieran en la lucha contra los realistas.



También dice Durkheim que sin símbolos (sin emblemas que tienen que ser corpóreos) sería muy difícil la vida en sociedad. Las canciones que cantamos en reuniones sociales, el beso que nos damos para saludarnos y otros miles de símbolos refuerzan la identidad social. Y le voy a tomar prestada una idea más. Dice que todos nuestros pensamientos y sentimientos tienen un origen social pues se originan en la conciencia colectiva.

¿Y por qué esta introducción de trazo grueso al pensamiento de Durkheim? Porque estas ideas son las que, a mi juicio, dan sentido a las obras de Gabriela y Jorge como resultado de una cadena muy interesante: hay determinados elementos de la epidermis de la ciudad (motivos decorativos de la arquitectura, mesas de café, aves, mariposas) que, de alguna manera, les han despertado memorias emotivas que han corporizado en estas obras para que nosotros las contemplemos y nos generen otras emociones. Un cuerpo generó una emoción que generó otro cuerpo llamado a generar otra emoción, de manera que todos nos unamos en un sentimiento colectivo. Las ciudades, con sus calles, sus edificios, sus plazas y los personajes que las habitan tienen una capa material, pero también otra inmaterial que viene dada por los usos que les da la comunidad. La interacción entre esas capas es la que le va confiriendo densidad a cada espacio o a la ciudad en su conjunto. Un edificio puede tener un gran valor patrimonial por sus características arquitectónicas, pero si ha perdido su función original, o si ya no es usado de ninguna otra manera, en poco se diferenciará de una cáscara de nuez. Me parece que Jorge y Gabriela también hablan de eso, de la capacidad que tiene la epidermis de la ciudad de despertar en cada uno de nosotros emociones y memorias de otros tiempos.

Luisa Dodero

Conexiones

Hasta la semana pasada tuvimos colgada en estas mismas paredes la hermosa exposición de Virginia Ríos, una joven de 21 años que supo plasmar en diez pinturas el trascendental paso de la adolescencia a la adultez. Como saben, son años de energía desbordante, años en los que sentimos que podemos con todo, pero al mismo tiempo también es un tiempo de incertidumbre en el que muchas veces nos embarga un sentimiento de vulnerabilidad. En fin, es un tiempo dominado por nuestra dimensión más orgánica, por las intuiciones, por el deseo, por el dolor de algún amor roto... Y para traducir todo eso en imágenes, Virginia recurrió a pintar animales en siete de los diez cuadros, porque para ella los animales representan, en estado puro, aquello que todos tenemos cuando la razón es relegada del mando.



Curiosamente, o quizás no, una semana después volvemos a tener las paredes cubiertas por animales. La exposición de Luisa es el resultado de sus años de vida en el noroeste, de sus escapadas a Salta o a los Valles Calchaquíes; un descubrimiento reposado de la naturaleza que no ha resultado en una serie de majestuosos paisajes, ni siquiera en paisajes en los que podríamos adivinar la presencia de grupos de vicuñas a lo lejos. Imagino que Luisa, como todos, tucumanos o no, se habrá sentido subyugada por la grandiosidad de este extremo de los Andes. Pero lo que nos comparte es la conexión que experimentó con el reino animal. Y esa conexión tomó la forma de retratos.

Si cometo la incorrección de referirme a la muestra de Virginia, que no pueden ver, es porque, como diría un psicoanalista, en la recurrencia aparece un síntoma. Se me ocurre que la conexión entre lo humano y lo animal puede leerse como una alerta contra la deshumanización de nuestra vida urbanita e hipertecnológica. Contemplar los retratos de la cabra, de la vaca, de la llama, o mejor aún, abrirnos a la posibilidad de reproducir las conexiones que experimentó Luisa con ellos, nos puede servir para reconectarnos con lo que nos une al reino animal: con nuestros instintos, con nuestro pulso, con nuestro cuerpo, con nuestro origen.

Génesis es, precisamente, el nombre de uno de los trabajos más famosos del fotógrafo brasileño Sebastião Salgado. Salgado recorrió el planeta buscando retratar el espíritu del mundo, y, curiosamente (o no), la mayoría de las fotografías son de animales, quizás los custodios del espíritu del mundo.

Cecilia Jaime

Solo show

Les propongo un juego. En él, la pintura que cuelga a mis espaldas no es un recodo del Cadillal al atardecer, la vertical que hay junto al balcón no es una acequia en Gante y, sobre el piano, no hay un helicóptero intentando sofocar un incendio. En 1929, hace ya 95 años, René Magritte presentaba un lienzo en el que había pintado una pipa acompañada por el mensaje “Esto no es una pipa”. Por si la declaración no era suficientemente clara, la obra la tituló *La traición de las imágenes*. Así que hace ya casi un siglo que sabemos que las representaciones pictóricas están definitivamente separadas de la realidad.

Si jugáramos con las reglas del impresionismo, nos engañaríamos al pensar que los paisajes de Cecilia Jaime son sus impresiones subjetivas del mundo, de los lugares que elige para pintar. Pero si hacemos nuestro el cuestionamiento de Magritte y descartamos la opción de estar viendo porciones de territorio, entonces, ¿qué vemos?

Se me ocurre que paisajes del alma en casi todos los casos. Paisajes intelectuales en algún otro caso. También paisajes surreales. Paisajes nómades, dice Cecilia. Los paisajes de una nómada. Muchos paisajes con mucha agua, mucho cielo, mucha vegetación y pocas raíces.



Que Cecilia haga hincapié en que muchas de sus obras están pintadas sobre lino de Flandes, como el que usaban los pintores flamencos del Renacimiento me hizo recordar que el paisaje nació como género pictórico precisamente en el Renacimiento. Y lo hizo al mismo tiempo con dos raíces culturales distintas. En las lenguas germanas, el término “paisaje” estaba relacionado con las actividades administrativas: el *landschaft* alemán, el *landskip* holandés y el *landscape* inglés referían a porciones de terreno demarcadas y fiscalizables. Un *landschaft* no es una porción de naturaleza virgen sino de territorio intervenido por la mano del hombre. Por el contrario, el *paese* italiano y el *país* castellano tienen que ver con el pago, con la comarca. El país es la tierra donde uno nace y a la cual está ligado afectivamente. “Me voy a tu pago”, me dicen quienes van a viajar a Madrid. En los dos casos, se trata de tierras habitadas y modificadas por la mano del hombre, pero los paisajes latinos se relacionan más con la población que con su explotación económica.

Vistos así, podríamos decir que Cecilia, a pesar de sus 35 años de vida en Gante, mantiene un alma latina. Nómade, a veces intelectual, otras surreal, pero sin duda latina.